

PAISAJE CON FIGURAS

ENTREVISTA A GIANCARLO DE CARLO

Por Francisco Katter.

P. La primera pregunta sobre la que quisiera que opines, es aquella que se refiere a la relación que existe hoy entre la sociedad y la disciplina del urbanismo.

R. En el transcurso de aquello que conversamos, algunas veces diré "Urbanismo" y otras veces diré "Arquitectura", porque, aunque reconozco que operan a diversas escalas y por lo tanto requieren instrumentaciones diferenciadas, las considero dos aspectos particulares de una misma disciplina, que es aquella de organizar y dar forma al espacio físico tridimensional. Si me sucediera de pasar de un término al otro, no será, por lo tanto, por distracción, sino porque considero que me muevo en el mismo ámbito.

Tu pregunta sobre la cualidad actual de la relación entre arquitectura y urbanismo por un lado, y sociedad por el otro, me parece que toca un tema crucial, y como todo tema crucial contemporáneo, me parece que se presenta con un doble aspecto.

De hecho, mi primera inclinación es responderte que no existe más una relación entre sociedad y espacio físico porque la sociedad no pide más nada ni al urbanismo ni a la arquitectura.

En el fondo, que esto sea verdadero, resulta bastante probado por el hecho que todo lo relativo a organizar y conformar el espacio a las diversas escalas no les interesa más a las instituciones. No existe más ni un gobierno ni alguna organización institucional que se preocupe (haga cargo) de este problema. Si lo hace, finge hacerlo, porque los enfrenta solamente por sus aspectos marginales o publicitarios. Ocuparse del espacio ha llegado a ser una especie de charlatanería

(tontera) sin motivaciones verdaderas y sin consecuencias relevantes. En vez, mi segunda inclinación, es responderte que la relación de la arquitectura y el urbanismo con la socie-dad se han multiplicado; que la demanda social por organiza-ción y conformación del espacio físico ha crecido mucho; pero es subterránea; no reconocida ni claramente expresada. Quiero decir que hoy la gente común siente este problema más de cuanto lo sentía hace pocos años, porque del espacio físico no gobernado y no cualificado comienza a sufrirlo mucho. Se resiente de manera grave y por esto se interroga de las razones de este mal; y si no lleva su resentimiento al punto de protestas, de organizar la protesta para hacerla explícita, es porque aún no tiene familiaridad con el problema.

La contradicción de la respuesta de doble frente que te daré no depende, por lo tanto, sólo de mi lectura de una situa-ción de dos modos diferentes, sino del hecho que la situación misma es en sí de doble rostro y alguien podría decir que esta duplicidad es temporal, en el sentido que sólo se necesita esperar el tiempo que siempre una necesidad sentida por la gente pueda llegar a ser primero conciente, luego demanda social y luego respuesta institucional. Se podría decir que siempre este atraso o despegue ha existido. Sin embargo, yo no estoy de hecho seguro; creo que el proceso no sea más tan seguro y consecuente porque el consenso frecuentemente sigue recorridos tortuosos, y precisamente por ésto es derrotable. Se puede actuar de modo que un problema difusamente sentido no llegue nunca a ser conciente. Y si llegara a serlo, se puede actuar de modo que no se cristalice en demanda social; se puede, por otra parte, actuar de modo que a una demanda social no se le de nunca una respuesta directa y que se la deje navegar en espera, ofreciéndole diversas respuestas que no tienen que ver con el problema tratado, hasta que pase el tiempo necesario para olvidar todo y trasladarse sobre cualquier otro tema que parece más fácil.

Dicho ésto -descrito un procedimiento de despiste que ciertamente se ha utilizado, pero que hoy dispone de medios que has

ta hace poco eran impensables- me gustaría agregar que, según a mí me parece, el hecho que la institución no de nunca alguna respuesta (sino son drogadas o maquilladas) a la demanda social (aún inconciente) de espacio físico cualificado tendría consecuencias desastrosas, no sólo sobre la sociedad, sino que también sobre las instituciones. El no gobierno del espacio físico se volverá, yo creo, antes o después sobre las instituciones, que no creo puedan continuar sosteniendo situaciones de intoxicaciones, violencia, congestiones ambientales tan graves como aquéllas que tenemos al frente.

Entonces, si no podrán continuar sosteniéndolas, ¿qué otra cosa podrán hacer sino reasumir toda la responsabilidad del espacio físico, desde la redefinición de sus componentes fundamentales y por lo tanto, de sus parámetros elementales?.

La responsabilidad, el trabajo de proyectación y reestructuración económica y ambiental, que implica este reasumir, compromete un enorme esfuerzo.

Las instituciones -el Estado, las regiones, las provincias, las comunas, los partidos, las universidades, etc.-¿son capaces de soportar un compromiso así de complicado?.

Temo que no lo sean y que en cada caso en cuanto a soportar compromisos, no tengan ningún deseo de hacerlo.

P. De hecho, cuando la institución se ocupa, lo hace principalmente con una lógica de política interna. Está más preocupada de la droga, de la desocupación, especialmente aquélla juvenil en el área urbana, y no del aspecto físico.

R. Me parece cierto que no se puede establecer relaciones lineales, de causa directa y de efecto inmediato, entre cualidad del espacio físico y patologías sociales como se hacía una vez en el tiempo de los ingenieros comunales positivistas y de los protoracionalistas. Estoy convencido que la desolación ambiental es un importante multiplicador de las patologías sociales. La difusión de la droga encuentra terreno fér

til en la desolación ambiental, urbana o rural cualquiera sea. Pero incluso la desocupación encuentra este terreno fértil: hay muchos trabajos que nadie acepta porque es repugnante el ambiente en el cual se desenvuelven.

Se puede decir, en verdad, que existen relaciones entre espacio físico y patología social, pero se trata de relaciones indirectas y complejas, que tienen que hacer sin duda con insuficiencias cuantitativas, pero -ahor la mayoría de las veces- con lagunas de calidad.

La desolación ambiental ha llegado a ser una componente importante del complejo de causas que llevan a grupos sociales a ser congestionantes, irresponsables y violentos.

Es difícil identificar e interpretar relaciones complejas y la urbanística está todavía mentalmente acostumbrada y estructuralmente equipada para moverse entre relaciones simples. Por esto los urbanistas -como los arquitectos- se encuentran en la necesidad de remover sus concepciones y sus métodos para comprender, operar y ser legítimos.

¿Qué cosa es la ciudad hoy y qué el campo? ¿Cuál es la esencia de la periferia y cuál aquélla del centro histórico? ¿Qué significación tienen las calles y las plazas? ¿Dónde y por qué la gente se encuentra?

Estas preguntas no son más satisfechas por las respuestas que se podían ofrecer hace 20 o aún 10 años atrás. Es preciso recomenzar todo del principio: reestructurar las preguntas, que son de seguro no pertinentes, y buscar las respuestas a través de modos de "lectura" diversos.

Hoy en la ciudad asistimos a la formación de interacciones entre espacio y grupos sociales totalmente nuevos e imprevistos. Vemos grupos de jóvenes que se encuentran por algunos meses en lugares que en apariencia no tienen ninguna atracción, después cambian y todavía por algunos meses se encuentran en otros lugares que aparecen igualmente insignificantes. De este escoger, cambiar, instalarse, cambiar otra vez,

instalarse de nuevo y cambiar posteriormente, no logramos comprender la razón. No hay en los lugares de encuentro ni fuentes, ni estatuas, ni signos que tengan su elocuencia.

La mayoría de las veces no existe siquiera un bar, ninguno de aquellos elementos que hemos considerado de encuentro o, como hemos dicho, congregantes. Sin embargo, alguna razón debe existir porque los jóvenes se encuentran justo en ese lugar; y debe ser una razón relacionada con la calidad de los lugares. De seguro se trata de una razón muy compleja que no proviene del uso directo de aquello que el espacio ofrece, porque la mayoría de las veces el espacio en uso no ofrece nada. Hay alguna cosa probablemente que bajo la apariencia insignificante asume forma de evocación, o de protección, o de reflexión, o puede ser simplemente de relajación.

P. O bien es al impulso de segmentación del uso del espacio que esto es imputable. Por esto, ahora parece que existe una ciudad de los jóvenes, de los menos jóvenes, y siguiendo así, una ciudad de día y una de noche.

R. Se está formando, ya se ha formado la ciudad que refleja la especialización anagnáfica, las generaciones que se suceden cada cinco años: llegan al proscenio y pronto desaparecen, en el sentido que se vuelven indescifrables. A la ciudad que en línea de los principios, más que de hecho, se vuelve indescifrable, es difícilísimo acostumbrarse. Al menos para mí, también para tí, supongo, y también para los otros, incluyendo aquellos que vendrán. Todavía más difícil es lograr proyectarla.

P. ¿Pero, no piensas que nuestra conversación está resbalando en el sociologismo?

R. ¿En el sociologismo? Cierto, estamos deslizándonos dentro. Sabes, yo siempre he pensado -como Stalin, y esto me preocupa un poco- que la sociología sea un substituto fatuo de la filosofía, por una parte, y de la política, por otra; un mísero consuelo para quien no tiene suficiente fuerza mental

para explicar los movimientos de la sociedad, ni suficiente imaginación para enderezarlos. Se dice -lo sabemos bien- que Stalin era precavido y también ignorante porque no había querido comprender que la sociología, al contrario de la filosofía y de la política, suspende los juicios de valor cuando observa la sociedad y la interpreta. Nos ha sucedido a menudo de ver cuánta fuerza torcida puede ejercerse sobre los valores al suspender el juicio. Ahora volvamos al punto de partida con la sociología y tal vez también con Stalin. Estoy bromeando; estoy seguro que lo has comprendido y espero que lo comprendan también algunos de mis amigos sociólogos.

Pero volviendo a nuestra cuestión, quisiera recordarte que la arquitectura y la urbanística por un largo período relativamente reciente han sido sociológicamente dependientes. Después se liberaron de este vicio. ¿Pero cómo? En el acostumbrado modo histórico que es típico de la arquitectura y de la urbanística, incapaces de afrontar su propio problema de identidad si no es saltando de una posición preconcebida a su contraria igualmente preconcebida. Hoy muchas facciones anidadas (es la palabra justa, aunque suene grosero y muy agresivo) en nuestro oficio proclaman que los asuntos de la arquitectura son indiferentes a los asuntos de la sociedad, en el sentido que no hay interrelaciones entre ambas.

En cambio, al contrario de lo que estas facciones piensan o fingen pensar, no creo que exista para nada la noción de arquitectura y urbanística como actividad autónoma. Creo que no se puede imaginar esta autonomía ni siquiera en abstracto; y no es legítimo asumirla ni siquiera como una hipótesis a verificar, porque el concepto de autonomía está en contradicción insalvable con el concepto de espacio físico organizado y formado por la intervención humana.

Cada motivación de organizar y conformar espacio físico nace dentro de relaciones individuales y sociales; cada consecuencia de organizar y formar espacio físico se vierte en relaciones individuales y sociales. No se puede hacer a menos

que referirse a la sociedad si se piensa, se hace, se experimenta, se juzga, la arquitectura y la urbanística. Creo que por esto es que las facciones, en vez de realizar el esfuerzo crítico necesario para comprender el mayor número de las infinitas variables que intervienen en el evento arquitectónico, las reducen lo más posible, proclamando que la arquitectura es autónoma y no heterónoma; que no está en relación con nada ni nadie. Así creen exaltar su rol; en cambio lo cretinizan en la banalidad de la academia. Parece que digo una obviedad fastidiosa, sin embargo ahora se está obligado a decirla y repetirla. La arquitectura y la urbanística son actividades heterónomas, de carácter conceptual, metodológico, instrumental, expresivo (y esto es más obvio que nunca), más son intrínsecamente dependientes de su contexto cultural, social, económico, político, geográfico, espacial, figurativo, etc.

P. ¿Cuál es tu opinión sobre la cuestión de la transformación urbana en relación a la transformación de la producción y a los ciclos productivos?

R. Creo que los cambios en los modos de producción y de los ciclos productivos (otras dos categorías que no considero dotadas de autonomía) influyen en la arquitectura y en el urbanismo en los períodos que éstos son vitales. En vez, en los períodos que están envueltos en las influencias de la academia, permanecen con los ojos fijos en ellas mismas y sus gestores oficiales, luego no se dan cuenta de lo que cambia y no recogen los estímulos.

Quiero agregar que cuando arquitectura y urbanismo se resienten en forma vital de lo que sucede en la producción, cambian ellas e inducen por vías muy complejas, a cambios en la manera de producir. Si se mira el primer período arquitectónico, me parece que se encuentran muchas pruebas de lo que digo.

En cuanto a las vías muy complejas que arquitectura y urbanismo producen cambios en las estructuras sociales, debo in-

sistir, y espero que se me entienda bien, son muy complejas y de ningún modo lineales. La organización y la formación del espacio físico producen causas materiales (positivas cuando la calidad es alta, negativas cuando no hay calidad) y éstas, a su vez, generan reverberaciones que contribuyen a enderezar las múltiples rutas de la sociedad humana.

La complejidad debe ser reconocida; de otro modo se cae en la (idiotéz). Pero (también esto está en el aire) no debe ser tomada como pretexto para abandonarse a la censura salvaje de cada variable que se presente o para declarar que no hay nada que hacer. Confieso que cada tanto me sorprendo pensando que es casi mejor enfrentar los problemas del espacio físico en la ingenuidad de procesos lineales que no enfrentarlos en absoluto.

P. Efectivamente hoy se corre el riesgo que la atención por la complejización creciente de los problemas nos deje desarmados en la búsqueda de soluciones.

R. Son muchos los que dicen: "Está bien. Entonces no hay nada que hacer. Dedicuémonos a consolarnos con lo efímero y la decoración". Algunos que dicen esto son sinceros, son víctimas sinceras de una de las tantas manifestaciones de esquizofrenia tan diferentes en la arquitectura y urbanismo. Así, después de un largo período en que se pensaba que un plano urbanístico habría resuelto cualquier problema, ahora llegó el período que se dice que los planos urbanísticos son artificios añosos, inútiles y detestables.

P. ¿Y esto, no sólo en Italia?

R. Por cierto, no sólo en Italia. La idea que parece prevalecer por todas partes, pero más en Italia que en otras partes, es que todos los problemas del territorio pueden ser resueltos con una mirada de proyectitos que encontrarán solos la coherencia necesaria entre ellos. Solos: como si una fuerza hegemónica pudiera producir la energía necesaria para

acercarlos, adaptar la aspereza de sus límites (bordes) conceptuales y metodológicos, transvasar su substancia hasta con seguir el sublime pulimento de la correspondencia absoluta. Me parece que la confusión sea monumental en el mejor de los casos. Antes que todo, no ha habido en el pasado solamente una idea de lo que debería ser el plano.

Han habido muchas, y algunas sostenían que en materia de espacio físico no se puede separar el programa de la configuración (¿debo decir el contenido de la forma?).

Estas ideas de plano sostenían también que el proyecto arquitectónico es el momento decisivo de cualquier operación espacial, pero el recorrido que se debe cumplir para alcanzarlo pasa por todos los otros momentos y cada momento a través del cual pasa irradia una multiplicidad de causas y efectos que influyen el recorrido y la meta.

Sé bien que las ideas dialécticas y humanísticas no han prevalecido y, en vez, han triunfado las ideas en un plano más burocrático y obtuso. Sabemos todos muy bien que los principios del zoning estaban establecidos más para establecer el mercado de las áreas que para mejorar la calidad de la ciudad y del territorio. Pero qué sentido tiene (después de haber reconocido estos fracasos) ponerse a proclamar que el espacio físico debe ser dejado en manos de cualquiera que desee manipularlo como crea mejor? ¿No es como decir que en vista de los fracasos del socialismo, haya que volver a la más salvaje explotación del hombre por el hombre?

- P. ¿Puedes decir algo más sobre "las ideas de plano" que no ^{sepa-} _{habían} dividían el urbanismo del zoning?
- R. Pienso en el urbanismo libertario, que es más amplio de lo que aparece en las historias oficiales. Como para dar una referencia, podría decir Owen, Geddes y todo lo que derivó de ellos y se desarrolló; incluso Mumford y Wright cuando se preocupó de la ciudad y del ambiente. Y si quieres otra ma-

triz, puedo decir Fourier (dejando de lado el Falansterio que en el debate convencional se ha convertido en un estereotipo) y gran parte de las saint-simonianas. Estoy hablando de un grupo de corrientes caracterizadas por estar encendidas de ideas complejas sobre la ciudad que realizaban de modo pragmático. Conocían la fuerza que la economía ejerce sobre los comportamientos individuales y sociales, pero sabrán que inevitablemente produce el degradamiento, si no la destrucción de las relaciones humanas. Sin embargo, no negaban las pasiones; por el contrario, las reconocían como motor positivo y estimulante de cada acto de proyectación. Y en cuanto al proyecto arquitectónico, lo consideraban resolutivo pero no independiente de cualquier otro cuadro de referencia. En otras palabras, pensaban que un proyecto no tiene sentido si no está preventivamente correlacionado a los proyectos vecinos. No tenían la ingenuidad de creer que los proyectos encuentran solos una compleja sistematización empujados por un tropismo que los dirige hacia el bien, el equilibrio, la armonía, la justicia y la belleza.

¡Qué tonterías hemos llegado a discutir!

¿Cómo puede imaginarse que la ciudad sea gobernable si no hay un plano? Si se abandona la reformación de su estructura y de su configuración a la improbable correspondencia de tantos pequeños proyectos y grandes proyectos movidos por las más variadas intenciones, entre las cuales prima (podemos jurarlo) la de especular sobre el suelo y los edificios.

Es verdad que el plano protoracionalista que pretendía preestablecer cada hecho sin admitir vacilaciones, errores, correcciones, evoluciones orgánicas, etc., era una camisa de fuerza estúpida porque se despedazaba apenas se presentara una mínima contrariedad, y sobre todo, porque no entendía que la ciudad es compleja y está en continua mutación. Pero también es estúpido pensar que se pueda seguir esta complejidad y tratar de no hacer que degenera en confusión, agresión, violencia, engaño, sin seguir terminando un cuadro de referencia

que establezca un mínimo de reglas del juego. Es tan estúpido este asunto, que nadie se convence que sea estúpido. Se termina por pensar que la estupidez que aparece sea ingrediente de una gran inteligencia que está atrás.

Decía cómo la dedicación que se pone hoy en decir que todo es proyecto de arquitectura, es igual a la que se ponía antes para decir que todo era plano urbanístico. Parece que hoy la arquitectura excluye el urbanismo como antes parecía lo contrario. Por esto creo se trata de una esquizofrenia permanente y muy perniciosa que aflige a nuestro oficio. El fanatismo sin motivo produce partidos tan bulliciosos como confusos que juran por el nombre de profetas tan arrogantes como mediocres. No hay medio que mientras se niega un período que ya existió, por lo menos se recojan las retroacciones por lo cual se comienza siempre de un principio. Quizás se vuelve a los revival, reproduciendo figuras de épocas pasadas para sobreponerlas a un presente al cual son intrínsecamente extrañas, según un procedimiento que sucede en la moda, donde es legítimo casi por definición, mientras en la organización del espacio físico es anacrónico y congelante.

- P. En los años pasados en Italia (no solamente, pero quizás en forma más acentuada), el debate disciplinario entre urbanismo y arquitectura concretizado en el pretendido conflicto entre plano urbanístico y proyecto de arquitectura, fue hecho justamente por las administraciones locales. Las administraciones estatales han demostrado una sensibilidad casi increíble por un debate que ha tenido a menudo visos muy abstractos. ¿Cuáles son, según tu punto de vista las razones de tanta sensibilidad?
- R. El fenómeno de la moda puede quizás ayudar a explicar los cambios de posición, rápidos y cíclicos de la cultura arquitectónica. Pero como todas las explicaciones por analogía, llega a cierto punto y luego se confunde. También las administraciones públicas en la onda de cierta cultura arquitectónica

ca, se pusieron a proponer programas de "deregulación" para la ciudad y el territorio, con el mismo ardor que ponen los estilistas en lanzar una campaña para que las mujeres adopten faldas cortas, medianas o largas, de todas maneras distintas de las que están usando. Como en la moda, también en el urbanismo el consentimiento de la proposición de dar vuelta las cartas fue casi general porque apareció en favor de una creatividad más libre y más fértil.

En el caso de la moda, la falda corta o mediana o larga aparece más creativa que la que sustituye, porque es un cambio y luego pone en movimiento los estilistas y el mercado. En el caso de la organización del espacio físico, la abolición de los vínculos parece creativa porque los vínculos, en la generalidad de los casos, son obtusos y por eso vejadores; generan conflictos y exigen energía; son odiados por los que especulan sobre el territorio, pero también por el que no especula y quiere simplemente construir lo que le sirve o cambiarlo para readaptarlo a necesidades cambiantes.

Las administraciones públicas se alegraron de librarse de estas molestias (que sobre todo ponían de manifiesto su desastrosa incapacidad de administrar), teniendo la ventaja de mostrarse con las puntas más adelantadas (en realidad atrasadas) de la cultura. Así abandonaron sus inútiles planos reguladores, particularizados, de recuperación, etc., que por años se habían estratificado en sus cajones y saltaron con alegría a los planos de zona, que luego unieron malamente, confiándolos a los niveles más mediocres de la proyectación y de cualquier modo no realizaron.

- P. Así es que, sin embargo, los recursos no fueron pocos?
- R. Se generó una situación muy rara; una especie de curiosa inversión, porque se quería intervenir sobre el territorio que a veces pedía tener una idea de cuál sería su futuro para poder regularse. Los mismos que eran notables por su vocación a infringir cualquier vínculo de planificación, pedían que

se les diera un cuadro de referencia general, una idea de la ciudad y de sus entornos que pudiera servir de regulador de sus inversiones. Pero no tuvieron ni lo poco que pedían y tuvieron, en muchos casos, que sustituir a los urbanistas y administradores y hacer su parte además de la propia.

En Milán, y también en otras partes, sucede así.

Los promotores de inversiones en el territorio exigen certeza. Mientras más maciza es la inversión que proponen, más exigen una certeza aseguradora.

P. ¿Casi una vuelta a esa función histórica del urbanismo de asegurar el capital?

R. Probablemente sí, pero de manera más compleja. A través de un complicado sistema de sustituciones e inversiones de roles, el actor joven, el arquitecto urbanista, está a un lado y tiene en sus labios una sonrisa estúpida.

P. ¿Pero contemporáneamente, estas mismas fuerzas emprendedoras han adoptado la idea del "urbanismo para proyectos" que parecía tener un grado de factibilidad mayor que la urbanística del plano?

R. La idea del proyecto de área no está tan equivocada. Está bien proyectar hasta el fondo a nivel arquitectónico eliminando esa estupidez monumental que es el plano particularizado, las bisagras más sensibles y significativas de una estructura urbana y territorial. Pero es necesario que el proyecto sea enmarcado en una visión total de la ciudad y su entorno, que se debe definir. Los proyectos de área, cuando son elaborados, pueden corregir la visión del total pero no deben, a priori, subvertirla. De otro modo, todo es un ^{uññ}trabajo inútil y también trampa.

La relación entre cuadro general e intervención de detalle debe ser itinerante, porque el fin de su coexistencia contemporánea es el de realizar una colimación (mirar el mismo punto) conceptual y práctica entre conjunto y detalles. En vez,

si la relación es destructiva, deliberadamente, no hay salva
ción de la confusión y el enredo.

¿Conoces la situación de Milán? Por años se discutió del pa
saje ferroviario y, al fin, aún sin muchos compromisos, se de
cidió hacerlo y se comenzó a construir los nuevos artefactos.
Para el área Pirelli-Bicocca, muchos proyectos (algunos ven-
cedores) ignoraban el pasaje ferroviario, y en su lugar, con
poca convicción por la verdad y escasa competencia, propo-
nían fantasmagóricas transformaciones de la implantación fe-
rroviaria que con el pasaje estaban en absoluto contraste.

Y bien, no es extraño que alguno de estos proyectos haya ga
nado el concurso (se sabe que los jurados son distraídos, y
si está bien, persiguen ideales distintos de los que fueron
llamados a discutir), pero lo verdaderamente raro es que los
administradores de la ciudad que habían decidido el pasaje y
estaban representados en el jurado, con iguales derechos que
los otros, no objetaron nada; más aún, se asociaron con igual
pasión al veredicto unánime. ¿Se cambiará el programa ferro-
viario? ¡Ni soñarlo! ¿Te imaginas el tiempo que requiere jun
tar los distintos temas comprometidos: las ferrovías del Es-
tado, la sociedad autovial, los ministerios, las administra-
ciones comunales del distrito, etc.? No sucederá nada, pero
habrá gran confusión y sacará provecho quien la produjo.

P. Precisamente acerca del problema de la relación, complicado
pero dominante, entre planos de sector y planos de área, y
más en general entre disposiciones "extendidas y puntuales"
¿cuál es tu experiencia? ¿Mantienes realmente que la "del sec
tor" o "puntual" sea la negación de plano de la planifica-
ción urbana?

R. Las propuestas que fueron adelantadas como "proyectos de sec
tor" no me parece que mostraran serias preocupaciones de ser
enmarcadas en una estructura más general de ideas relativas
a la ciudad y al territorio. Naturalmente sus promotores es
taban muy preocupados de que las propuestas fueran insertas

en los planos reguladores generales en forma de "variantes" que la mayoría de las veces cambian la destinación, multiplican la densidad, aumentan la altura de los edificios, requieren aparatos infraestructurales más potentes, etc. De esto se preocupan mucho, pero la ciudad no les importa mucho, me parece.

En cuanto al plano, se le considera un acto de notaría, donde se registra y se hace legítimo lo que se decidió a través del acuerdo entre dominio privado y dominio público: ese acuerdo que, en general, tuvo el mérito de aliviar a las administraciones de sus responsabilidades acerca del territorio.

Entonces, en esta situación de dimisiones generales, ¿quién asume el rol de estudiar realmente, de interpretar con competencia y desinterés, de identificar y definir los problemas principales, de trazar un cuadro de coherencia al cual todos deben referirse para impedir que el ambiente físico sea alterado, corroído, destruido, saqueado, arruinado? ¿Quién, en otras palabras, proyecta el plano, que ya no es ese instrumento rígido y frágil de la legislación vigente, sino uno culto, inteligente, flexible, tolerante, sensible a los cambios humanos, capaz de enderezarlos pero sin coartarlos?, etc.?

La cultura, se dice, podría hacerlo. ¿Pero qué cultura?

¿Quién no teme hoy a la Universidad? ¿Quién ignora que es un lugar de intrigas de poder, flojeras incansables, conformismo, bajo nivel de cultura?

Quizás no sólo la nueva forma del plano, sino también las nuevas figuras que deben escribirlo, están todas por inventar. Creo que serán inventadas, más bien, pienso que ya existen zonas aparentemente marginales de la cultura arquitectónica y urbana donde este invento está tomando forma con un ritmo siempre más acelerado. No soy un pesimista; al contrario, soy muy optimista. Vivimos en una época de transformaciones radicales y tendrá que transcurrir mucho tiempo antes que el magma comience a revelar una estructura. Pero ya comienzan a aparecer algunas señales.

En los EE.UU., por ejemplo, donde el capitalismo tiene aún toda la inhumanidad de su "estado puro" y donde el poder público tiene roles y poderes muy marginales, el territorio no está más abandonado a la razzia privada como sucedía antes, y como ha comenzado a suceder en Italia. En algunas ciudades las intervenciones infraestructurales a menudo son escrupulosamente coordinadas por las administraciones comunales. Y no sólo esto, porque en algunas ciudades las intervenciones son proyectadas de modo de delinear y dar soporte a una configuración del desarrollo urbano correspondiente al nivel de calidad que se quiere lograr. Así sucedió en Boston a través de la reestructuración de la red metropolitana y la creación de nuevas líneas y nuevos puntos de intercambio que actuaban de generadores o de moderadores de desarrollo. No hay duda que sobre las decisiones públicas hayan pesado las presiones de los intereses privados, pero también es cierto que por lo menos fueron definidas, hechas públicas, y en gran medida respetadas, las reglas del juego. Por otra parte, para defenderse de las presiones privadas, se llevó a cabo un proceso enérgico y difundido de participación, comprometiendo lo más posible las comunidades locales en las decisiones.

Se dirá, y no es un descubrimiento, que el proceso de participación fue mistificado, quizás cuánto. Pero lo hubo y puso en claro que el poder público, si quiere tener éxito (en el caso que aún quiera asumir la responsabilidad que le compete, en vez de ponerse de acuerdo a escondidas con el poder privado) haría mejor en comprender bien cuáles son las necesidades reales de la población.

- P. Tu ejemplo de Boston y tu manera de comentarlo hacen pensar que tú sugieres una lógica de red.
- R. Así es. La idea general de la ciudad no puede ser definida por puntos, sino que por vectores que forman un gráfico variable con vértices y aristas que cambian de posición sin comprometer la coherencia del conjunto. Después de lo cual, en

la concavidad o en los convexos puede proceder por proyectos puntuales. Y a esta escala no se pueden ignorar más la voluntad de las comunidades locales que aunque no sean llamadas a decidir, terminan siendo comprometidas con los efectos de las decisiones, en el sentido que, consientan o estén en contra, y en el segundo caso no hay posibilidad de mantención, la indecencia ambiental se convierte en inevitable.

Esto vale en particular por las instalaciones de carácter colectivo (la red de servicios menores que se une con la red primaria de las infraestructuras) donde la colaboración de las comunidades locales es la condición más importante del éxito.

P. ¿Es la institución del territorio especial con la cual se delega a las comunidades locales la posibilidad de dar directamente soluciones a los problemas locales?

R. Así es. Tienen voz y voto. Nosotros, los europeos, y en particular los italianos, tendemos a considerar estas experiencias muy cercanas a la mistificación. En cierta forma, es verdad, pero hay precedentes muy sentimentales que invaden la esfera personal, casi indiscretas o impúdicas.

Hay aspectos que no corresponden a nuestro modo de ver la participación. Pero creo que hay que examinarlos con atención, y de manera colaborativa, no de choque. A nosotros la colaboración nos parece por definición fingida y nos molesta un poco. Pero si se mira esto con ojos más inocentes, se logra ver también lo positivo.

P. Se forman de 80 a 90 mil distritos especiales al año. Se preocupan de cosas pequeñas, pero también no tanto.

R. Logran unir los dos extremos de la escala grande y pequeña en forma menos inquietante de todo lo que sucede en nuestro país, donde no se logra unir nada, o bien la unión se hace con estridencia autoritaria.

No creo que los modelos de los cuales hablábamos, puedan ser transferidos tal cual en Italia. Quizás en lo que se refiere a la red mayor algo se puede aprender y reproducir en el plano organizativo e instrumental. Pero en lo que se refiere a las maneras de intervenir en la red mayor y especialmente de comprometer la comunidad con las intervenciones, creo que se pueden transferir solamente las nociones de base y después inventar modos y procedimientos que correspondan a las pasiones y malicias nacionales. Tengamos en cuenta que la petición de compromiso y participación existe también entre nosotros, crece por su cuenta, objetivamente, y pronto será impetuosa.

¿Cómo se puede imaginar que nuestra gente pueda no sufrir duramente con las condiciones desagradables del ambiente físico? Antes o después se manifestará este conocimiento y asumirá formas distintas de las que asumió en otros países, donde la degradación ambiental es agregado menor. Serán formas duras y concretas, probablemente, más precisas que las quejumbrosas reclamatorias y distintas que las imaginadas por los generosos protectores del paisaje. Entonces los políticos se encontrarán frente a una situación a la cual no se podrá hacer nada, a menos de asumir responsabilidad.

Será todo distinto a lo sucedido hasta ahora, en la afanada búsqueda de la desresponsabilización, donde nadie toma responsabilidad, y nadie pregunta qué responsabilidad hay que tomar.

- P. El juego es siempre el del compromiso más amplio, de tal manera que no haya problema. La decisión después no se toma.
- R. La decisión no se toma, sin embargo aparecen decisiones imprevistas de las cuales se tiene noticia cuando ya no hay nada que hacer. Tantos proyectos se hicieron en Italia en el desconocimiento de todos, aparecieron como callampas en la ciudad y nadie era responsable.

Los concursos por adjudicación (contrata) o las concesiones

son instrumentos formidables para hacer pasar sin ruido y con todas las aprobaciones, decisiones secretas de modificación del orden territorial. Supe, tiempo atrás, de una colosal concesión para la construcción de la nueva Universidad de Roma. No sé si construir esa gran Universidad a través de concesión de una gran empresa, escogida en un grupo de grandes empresas sea un mal o un bien. Lo que me impresiona, es que se tome una decisión tan importante y la opinión pública no sepa nada.

P. La cuestión expuesta por tí, del proyecto para la nueva sede universitaria (se remonta al P.R. de 1962) de Roma me sugiere preguntarte cuál es tu opinión sobre estas políticas descentralistas.

R. Nuestra conversación, inevitablemente, debe volver al tema de la transformación que estamos viviendo. Nos estamos transformando, y sin embargo no tenemos modelos de referencia: más bien tenemos tantos antiguos y nuevos, y están todos en conflicto entre ellos.

Basta mirar alrededor para darse cuenta que es así. Tomemos la vivienda, por ejemplo. Las expectativas están todas en la vía americana, lo que significa que la gente aspira a la casa unifamiliar. En vez, la cultura propone formas de agrupación de densidad media que conserven el efecto urbano, considerado positivo para la identidad social. El mercado, en vez, propone condominios en la periferia porque valen menos, dan alojamiento intercambiable simplificando el proceso productivo.

¿Entonces? Se podría decir que así aumentan las elecciones, pero no es cierto, porque nunca como hoy, la elección de la propia vivienda ha sido tan obligada y tan demorada.

Lo mismo para las decisiones relativas a las sedes universitarias. Los empresarios las consideran ocasiones de oro para incentivar la expansión de las infraestructuras urbanas, echando los costos sobre la colectividad, luego la propo -

nen en el campo. La cultura (muy dividida) recomienda mirar su distribución en relación al nivel de congestión de los aparatos infraestructurales y a la posibilidad de elevar el mensaje urbano. Los interesados, profesores y alumnos prefieren permanecer en los centros históricos. Estos últimos, los estudiantes, tienen buenas razones. Preferentemente vienen de lejos y de provincias. La idea de universidad se identifica con la idea de ciudad antigua (es una correspondencia teórica que se mama con la leche materna). Luego, ¿por qué deberían estar contentos de irse al campo? ¿Más bien llegar al centro histórico, sentir su olor, y luego enviados al campo?

Debía proponerse otro tipo de universidad, asignar otro rol a quien formaba parte, pensar en universidad y territorio en una relación de reciprocidad evolutiva, etc., si se quería descentralizar.

Se necesita dar valores estimulantes al descentramiento para lograr descentrar. Luego no hay que sorprenderse si los nuevos barrios residenciales quedan sin vitalidad urbana, si las partes descentradas de la universidad quedan desiertas, si la gente adora cada vez más el automóvil, si la resistencia a la renovación urbana y territorial aumentan y se convierten en insuperables.

- P. Quisiera que volviéramos aún un poco a cosas más generales relativas a la constitución disciplinaria del urbanismo.
- R. Ha habido un cambio de definiciones, han habido revisiones institucionales, pero no ha habido una gran renovación conceptual. La idea que el ambiente sea el todo y que por lo tanto deba ser enteramente controlado, es bastante antigua. Se podría observar, sin dar a esta observación mucho peso, que los urbanistas, persiguiendo la mamá de grandeza que los empuja a querer controlar todo, en un momento habían comenzado a nombrar el ambiente.

Pero hubo un cambio y cayó sobre el ambiente, y desde enton-

ces se fijó la atención, más que la de arquitectos y urbanistas, de la gente común. Esto sucedió cuando se comenzaron a dar cuenta que el mundo estaba amenazado, más que por los instrumentos atómicos, por la sobreposición, la contaminación, por la disipación de la energía, por la violencia del consumo; que todo se agota y que dentro de algunos años se vivirá muy mal; que las relaciones humanas progresivamente se empobrecen, porque no hay más espacio y quietud donde puedan expandirse. Entonces, por miedo, se comenzó a hablar más del "lugar" donde sucede el desastre, el ambiente. Pero sobre el ambiente se hablaba también antes, en arquitectura, y se lo llamaba "habitat". Luego se le llamó con la palabra inglesa "environment" de uso más internacional. Quiero decir que el problema existió siempre, pero hoy se está más conciente por que se volvió más grave, más bien más dramático,

El desastre de Chernobyl fue un acontecimiento histórico y no tanto porque envenenó una vasta región; los experimentos atómicos los hacen desde hace 40 años y no fueron denunciados por este motivo, sino porque probó que una fuga atómica, aún a gran distancia, hace peligrar la sobrevivencia de toda la población del mundo, sin distinción de distancia, nivel de equipamiento, protector, de sistema político, de nivel económico, cohesión social, color de piel u ojos, de cultura, de sexo, de edad, etc. Con Chernobyl la conciencia de desastre, que está en la alteración del equilibrio ambiental, se volvió universal.

Entonces la amplificación disciplinaria del urbanismo hasta comprender todo el ambiente, o la formación de una nueva disciplina que se ocupa del ambiente e incluye el urbanismo como caso particular, pueden representar cambios importantes aunque sean conmensurados a la universalidad del conocimiento de la amenaza ambiental. Lo mismo vale para eventuales organismos de búsqueda y operativos que se ocupan del problema partiendo de lo general para ramificarse en todas las áreas particulares. Lo mismo vale para la instrumentación de investigación, de clasificación, de intervención. Hacer un

nuevo ministerio que se ocupe del ambiente no es la solución del problema; es sólo la declaración de una voluntad que después debe explicarse de una manera distinta a como se explican las voluntades de todos los otros ministerios. De otro modo, se trata sólo de una manifestación retórica de una adición diversiva y además costosa que sirve para garantizar la autoreproducción de la política y luego a empeorar las condiciones ambientales posteriormente. Promulgar una ley que impone elaborar planos de países de dimensiones regionales, y aún elaborarlos como fue prescrito por la ley promulgada, no es la solución del problema. La solución es predisponer una condición inédita en la cual se pueda desarrollar concesiones y medios adecuados a la naturaleza del problema que se quiere afrontar.

En este sentido, del potencial que ofrecen, me parece se deba considerar con optimismo la atención que las instituciones han puesto en el ambiente en estos últimos tiempos. Pero quisiera insistir que el hecho realmente nuevo (sin el cual, probablemente no habrían ni ministerio de bienes culturales ni planos regionales) es el conocimiento que está creciendo en la gente de los terribles riesgos que corremos por haber abandonado el ambiente a la violencia de la ignorancia, del provecho, del engaño. Y no me refiero a los "verdes" (que me parecen simpáticos y espero no se hagan instrumentalizar) sino al conocimiento universal. Los "verdes" son de hecho una de sus varias consecuencias y pienso habrá otras aún más profundas en el próximo futuro.

- P. ¿Esta nueva sensibilidad y la instancia de participación pueden constituir, a tu modo de ver, el empuje para una búsqueda más explícita de la calidad del "habitat"?
- R. Creo que sí, pero más en la gran escala que en la pequeña. De la gran escala, los políticos estarán constreñidos a tenerlo en cuenta y a tomar medidas, porque la presión de la opinión crece. Pienso que pronto tendrán que tomar medidas más eficaces que las débiles que con mala conciencia han pro

puesto hasta ahora para reducir la contaminación, para hacer más seguras las calles, para controlar la construcción de las centrales atómicas, etc. Veo más lento, en vez, el proceso de mejoramiento a la escala pequeña de la cual nadie se ocupa, ni los "verdes" que aún la consideran (por ejemplo la ur bana) menos importante y urgente que la gran escala ambiental.

A mí me parece que se dará un paso decisivo cuando se deje de hacer distinciones de escala.

P. Pero en cuanto a la salud, parece que comienzan a afrontar también estos problemas. En Roma, por ejemplo, esto sucede. Para el urbanismo parece que se vuelve al origen: la identificación entre higiene urbana y urbanismo.

R. Creo que en la jungla de los deterioros que se entrecruzan, envuelven la ciudad y la estrangulan, es necesario establecer una jerarquía. Y en las espirales que son más violentas y amenazantes, se necesitaría intervenir con dureza, sin dispersiones. Por ejemplo, creo que es necesario imponer a las pequeñas industrias urbanas usar los depuradores y obligar a los dueños de casa a usar combustibles menos nocivos para la calefacción. Pero si no se afrontan todas las causas juntas, y en vez se afrontan algunas más débiles para acallar otras más fuertes, todo permanece como antes. Creo que en la ciudad se debe mejorar el ambiente con una acción coordinada e irresistible que golpee todas las causas una después de la otra con una miríada de recursos que converjan al propósito de quitarles el oxígeno. Por ejemplo, debería comenzarse por impedir que los autos suban a la vereda. Parecería entre to das las cosas que hay que hacer, de una banalidad infinita. Y lo es, pero comencemos a establecer que las veredas no son para los autos y hay que devolver a la gente el derecho de ca minar con sus propias piernas.

No hablamos, por ahora, de los automóviles que estacionan en segunda fila; nos referimos sólo a los que suben a la vereda y establecemos que no deben hacerlo más porque la gente tiene

derecho a caminar libremente sobre esas cintas de calle que le fueron asignadas. Establecemos que le dena los autos que estacionan sobre la vereda, multas muy graves, como en Barcelona, donde hasta la última vez que estuve allí, la gente podía aún caminar, y parecía estar en una ciudad distinta en la cual aún se puede vivir, aunque los autos son también ahí numerosos (pero por ahora no estacionan sobre las veredas). En Milán y creo que en Roma, a lo largo del frente de las casas no hay más de treinta centímetros a través de los cuales se pueda pasar. Se pasa de lado entre auto y muralla.

Creo que si se comenzara a eliminar esta situación horrible, en seguida mejoraría la calidad urbana. Sé también que para lograr estas pequeñas y obvias medidas hay que comprometerse en una lucha durísima contra todos los lugares comunes del progreso, de la ganancia nacional, de la salvaguardia de la ocupación, etc.

Nadie, ni los "verdes", hasta ahora, osan afrontar este pequeño problema, eliminar los autos de las veredas, que sería el comienzo seguro de una larga cadena. ¿Por qué no se atreven? Porque se cree que es imposible lograrlo. ¿Quién puede oponerse en realidad a la expansión de los autos? Estaría contra las tendencias de fondo de la política nacional. Y está contra, se dice, de los justos deseos del pueblo. Que en cierto sentido es verdad, porque en el auto hay una fuerza de atracción intrínseca que nos compromete a todos. Pero si no se impide el uso indiscriminado e idiota del automóvil, es inútil proponerse mejorar la calidad urbana. Estamos frente a una gran contradicción que no se puede resolver si no se está animado de fuertes convicciones. ¿Dónde encontraremos esta fuerza de convicción que hasta ahora fue producida solamente por las religiones y los fabricantes de autos?

P. Volviendo a la imagen de los autos estacionados sobre las veredas, ¿piensas que adoptar instrumentos de apoyo a la planificación urbanística, quizás de naturaleza económico-fiscal, como incentivos o desincentivos, pueda ayudar a la planificación?

R. Creo que sí porque se trata de instrumentos legítimos. Lo que hay que precisar, son los fines para los cuales son usados. Supongamos que se usan para evitar graves fenómenos de deterioro urbano; en este caso son legítimos y es muy probable que puedan funcionar. Si las multas altas impiden que los autos suban a las veredas, son seguramente legítimas porque contribuyen a hacer más libre la experiencia de la ciudad.

¿Pero quién tiene la fuerza de imponer estas multas, o en otras palabras, tomar posición contra la industria del automóvil? Porque la medida significaría que se ha decidido no aumentar la circulación de los autos en los próximos cinco años, que se ha decidido detener por un lustro la producción de autos. De otra manera no se obtiene nada porque la invasión está creciendo en progresión geométrica, y no se puede hacer otra cosa que detenerla. Los automóviles serán tantos en algunos meses, que no habrá más lugar para estacionar, ni en la vereda ni en tercera fila. Luego, impedirles subir a la vereda equivale a impedir su producción. La alternativa es aceptar que en la ciudad nadie pueda caminar. Es como decir que el espacio urbano no se puede experimentar si no da un espacio, autovehicular, que a su vez, es como decir que no hay una razón para que la ciudad exista porque la imagen que se tiene de ella es proyectada como en un film o una grabación.

P. Tú hablabas de ideas generales. La de ciudad lo fue por mucho tiempo. ¿Pero hoy día?

R. No tengo en mente ningún modelo de ciudad; además, tengo la impresión de que es muy difícil hoy definir un modelo, luego una teoría, que valga para un número de ciudades bastante numeroso para poder llamarlo modelo. Tengo en mente, en vez, una serie de asuntos o principios que se refieren a las ciudades, y francamente no creo que hoy se pueda tener mucho más que asuntos y principios para estudiar y proyectar sobre las ciudades.

Tengo también que decir que los míos no son formales ni físicos, porque las ciudades son los lugares más ricos de formas que existen en el mundo y sería trabajo inútil y también pretencioso congelar esta riqueza en alguna esquematización general. No debemos olvidar que seguimos llamando ciudad, asentamientos humanos que van de 50.000 a 20.000.000 de habitantes, situaciones que siendo profundamente distintas en términos cuantitativos, lo son también en términos cualitativos. ¿Cómo se logra comprender todo en un modelo o una serie de modelos derivados de una única teoría?

Las ciudades tienen rasgos iniciales en común de su proceso de formación, alguna estructura figurativa (las configuraciones son siempre distintas) y muchos fenómenos degenerativos. Diría que en el sentido normativo, la única categoría de intervenciones que se puede generalizar es la que se refiere a las medidas que se deberían tomar para detener la degeneración. Sin embargo, debo confesarlo, no creo que estas medidas llegarán a ser aplicadas seriamente, porque exigen un gran compromiso político que creo no existe en ningún lugar. ¿Luego, la degeneración continuará y las ciudades se destruirán? No lo creo, porque las ciudades son un fenómeno antropológico sujeto a la ley de conservación de la especie. No serán las medidas político-administrativas sino la voluntad de sobrevivencia de los hombres, que la salvarán. Cuando la congestión del tráfico llegue a un nivel asesino, los hombres dejarán de usar el automóvil; cuando el aire sea verdaderamente venenoso, los hombres dejarán de rociar ozono en la atmósfera. Soy más optimista en relación del institnto de sobrevivencia de la especie que en relación a la inteligencia, visión y valor político de los administradores públicos. Los hombres, quizás, salvarán la ciudad para sobrevivir.

Y me parece que hay señales, menores aún, pero bastante claras, de temor, que están apareciendo en la ciudad en este sentido. Contra la unificación urbana, llevada a cabo en nombre del terciario más o menos avanzado (por lo que los corazones del centro histórico están llegando a ser todos igua-

les) se mueve un proceso de diferenciación que por ahora está en los comportamientos más que en las configuraciones, más en el modo de experimentar las formas urbanas que en las formas urbanas mismas.

Decía, hace poco, cómo los jóvenes se han puesto a usar la ciudad, cómo están subvertiendo las jerarquías espaciales tradicionales, y cómo adaptan el lugar a las actividades en vez de hacer lo contrario. Insisto en que se trata de un hecho importante, revelador de un nuevo modo de percibir, leer, usar, contemplar las ciudades. Con este nuevo modo hay que hacer las cuentas, antes que nada comprobar la existencia, luego descifrarlo y por fin entenderlo, si como arquitectos urbanistas se desea tener qué hacer con las ciudades. Estamos frente a una pregunta que no la escuchamos porque no la sentimos.

- P. La misma política de recualificación de los centros históricos, parece dirigida a una pregunta respecto a cuáles son las expectativas actuales de los jóvenes.
- R. Precisamente eso quería decirte. Tengo la impresión de que las nuevas generaciones no tienen ninguna intención de ir a permanecer en los centros históricos. En otras palabras, no participan del sueño de las generaciones que los precedieron. En Milán, la gente de la periferia entra en el área central el Sábado y el Domingo. La llegada es confusa, ruidosa, desordenada, profanadora y también un poco cruel. Es una ocupación de parte de extraños alegres y enojados, joviales pero dispuestos a salpicar violencia, que recorren las calles, miran los locales, invaden heladerías y pastelerías, van como enjambres por las vías de los automóviles, se apoderan de la ciudad. Después de lo cual, no creo que se lleven nostalgias, que hayan madurado algún afecto por el área central de la ciudad. No creo que se mudarían al centro histórico si pudieran hacerlo, porque su apropiación de fin de semana es más simbólico que física o mental. No creo que se sientan atraídos por las plazas, por las hermosas calles, por los mo

numentos o las fuentes (que por lo demás, desaparecieron). El área central actúa como un polo magnético hacia el cual converge la gente dispersa en la periferia cercana o lejana. La motivación de este converger es un automatismo que tiene la apariencia de ser sólo geométrico; en vez, tiene orígenes más profundos, los cuales nadie recuerda. Un poco como sucede en Siena, donde todos convergen en el Campo. Pero la vida real no se desarrolla en el Campo sino en los barrios. Sólo que en Siena la gente está conciente de esta relación dialéctica y la sublima: el Campo no pertenece a ningún barrio; en el Campo se desarrolla el Palio; el barrio que vence el Palio, una vez al día desfila en el Campo hasta el Palio siguiente. En las otras ciudades la relación entre área central y su entorno cercano o lejano no tiene explicaciones, a excepción de Los Angeles, donde no existe ninguna relación, y quizás por ésto se puede considerar la ciudad más contemporánea.

P. Alguien la define como la "no ciudad".

R. Y sin embargo, es una forma de ciudad distinta de las que hasta ahora hemos encontrado. Y por otra parte, ¿por qué Los Angeles debería ser la "no ciudad" mientras San Pablo es una ciudad?

P. Porque no tendría lo que podría llamarse centro, según esa crítica.

R. Es verdad. Los Angeles es una enorme agregación de villorrios, de pequeñas ciudades, muy cerca una de otra. Tanto es así, que uno puede vivir toda la vida dentro de una de estas pequeñas ciudades; en Watts, por ejemplo, sin salir nunca, sin tener nunca la percepción de que su ciudad es parte de una galaxia de pequeñas ciudades, es una enorme ciudad. Años atrás, viví dos meses en Los Angeles. Los primeros quince días no tenía automóvil, por eso no sabía de mi recinto donde encontraba todo lo que me servía y podía satisfacer toda necesidad, a excepción de la curiosidad de conocer Los Ange-

les. Sin esta curiosidad, que por lo demás era exógena, habría podido vivir por dos meses (un losangelino toda la vida) sin recordar que existe el resto del mundo.

Después de quince días decidí tener un auto y salí a las calles. Así, finalmente entendí toda la ciudad, y desde ese momento cada una de las partes, incluso mi recinto, se me aparecieron distintos de como los había visto entonces. ¿Qué es entonces, en Los Angeles, el principio de homogenización y, al mismo tiempo, la llave de lectura, el revelador perceptivo, el estimulador de relaciones entre ellos y el espacio, el que suscita la memoria? Es el gran sistema de las calles y de las autorutas que establece en el auto en movimiento el punto de vista dinámico prioritario. En realidad, para reencontrar los parámetros de la entera organización espacial y por estar en grado de leer y poner en relación entre ellos sus varias configuraciones, es necesario recorrer en automóvil. La experiencia de las calles en su recorrido se convierte en la manera más apropiada de experimentar Los Angeles.

Esto da la idea de una de las tantas posibles estructuras que la ciudad puede asumir. Y se trata de una estructura que funciona, porque aunque si todos la critican, Los Angeles es una ciudad eficiente, dotada de una singular belleza y capaz de generar novedades sociales y culturales. Dije una de las tantas "estructuras posibles" y no dije "la del futuro" porque creo que en el futuro las estructuras urbanas serán tantas, y bajo una aparente unificación morfológica serán organizativamente diferenciadas. Las diferencias serán relativas a las dimensiones. Será absurdo, aunque seguirá siendo exitante, considerar de la misma familia San Pablo y Urbino. Pero el motivo más fuerte de la diferenciación será el hecho que los hombres, para poder autoidentificarse y, por lo tanto, conservar la especie, deberán caracterizar sus ciudades haciéndolas corresponder a los lugares en que se encuentran. De otro modo se ahogarán todas en el mar de la unificación. Y entonces, como el lugar de Río de Janeiro es distinto del de

San Pablo, de Urbino, Río, San Pablo, Los Angeles y Urbino seguirán siendo distintas entre ellas. Esto si los hombres se deciden a continuar la especie. Porque hay siempre la posibilidad de que la decisión no se tome nunca, por distracción o porque nadie la propone.

P. Pero, a tu modo de ver, ¿es posible redibujar una lógica de intervención urbana en relación al escenario tan contrastado que has delineado?

R. Creo que sí. Creo que lo diseñaría, pero lo haría caso por caso. En otras palabras, redibujaría una nueva geografía. Si no, no estaría dispuesto a hacerlo, y esto no sólo porque creo que cada ciudad sea un caso aparte, sino también, debo confesarlo, porque quiero que sea precisamente así, contra las numerosas tendencias que quieren precisamente lo contrario.

P. Hablábamos de Estados Unidos. La administración, en materia de renovación urbana, había encontrado un slogan muy eficaz: la renovación urbana es una política central para situaciones locales. Me parece entender que el problema de la planificación para tí sea general y de casos particulares; que la llamada condición intermedia, esa que toda Europa ha tentado construir también a través de instituciones "ad hoc", para tí no tenga sentido.

R. Decíamos antes, hablando de ideas generales y casos particulares, que el gran problema es el de las conexiones entre los dos niveles, luego pienso que también el nivel intermedio sea importante. Pero temo que las conexiones se forman si la sociedad humana ^{comparten} conddivide una cultura o más bien un conjunto de valores que producen culturas distintas pero coherentes entre ellas. Este es precisamente el punto: que ya no hay una cultura conddivisible, y por lo tanto, capaz de actuar como medio de comunicación, sino como factor de homogenización. En el Ochocientos, época de oro del urbanismo a la cual hoy

de modo d) b)
arquitectura urbanismo
hoy

se refiere, una cultura homogénea por amor o por la fuerza, existía; y es en base de esta cultura que fueron hechas Londres, París, Berlín y Viena. Hoy, en vez, todo se ha hecho más complicado y no porque no haya una cultura, sino porque al contrario, hay tantas y ninguna entre ellas tiene fuerza homogeneizante.

No me lamento de esta situación, y no espero, ni busco promover la formación de una cultura arquitectónica que tenga capacidad de homogenizar las otras o de ofrecer solución unitaria a nuestros problemas. La hipótesis racionalista demostró ser infundada y creo que no se puede reproponer ni sustituirla por otra igualmente totalizante. No habrán otros París haussmannianos en el futuro inmediato de la arquitectura, porque la sociedad se convirtió en pluralista, el poder cambió de rostro o, derechamente, no tiene ninguno, la percepción del espacio ha traspasado los límites dados por las tres coordenadas espaciales, el lenguaje de cualquier configuración física, para entenderlo, no puede ser más que múltiple. No quisiera ser mal interpretado: dije lenguaje múltiple, no lenguaje ecléctico. El eclecticismo es combinación selectiva de varios estilos, luego es estilístico, mientras el lenguaje múltiple al cual me refiero -y busco en mi trabajo- es aestilístico e intrínsecamente repele cualquier injerto estilístico. El lenguaje múltiple está hecho de estratificaciones que se depositan en varios niveles y forman muchos espesores, por lo que los significados no aparecen de modo unívoco ni perentorio, sino se revelan con muchas facetas y grandes tolerancias, de modo de ser comprensibles a un gran espectro de capacidad de comprensión y según el empeño que pone cada uno para comprender.

No se puede imaginar que una obra de arquitectura o una configuración urbana comuniquen un solo mensaje codificado con el cual todos puedan o deban ponerse a tono. Vivimos en una sociedad de conflictos y no de consensos espontáneos, luego la expresión que la representa (que hace posible la comunicación) es necesariamente poliédrica; no "deliberadamente ambi

gua" como los tontos repiten continuamente, sino múltiple.

Creo que si la arquitectura de nuestros días, en vez de perder tanto tiempo con la vanidad del postmodernismo, se ocupara de la búsqueda de un lenguaje para el espacio físico, coherente con los caracteres contradictorios y conflictivos de la sociedad, probablemente se aclararían muchos problemas de fondo del ambiente, del territorio y de la ciudad.

Al fin de cuentas, es una cuestión de lenguaje, porque si no se posee un lenguaje complejo, se contrae la lectura de los fenómenos, se interviene con instrumentos demasiado pobres, se confronta la complejidad estando desprovistos y torpes.

Espero que se llegue a comprender que es mejorno perder tiempo en componer estilos y dar falsos fondos a esta ejercitación, la mayoría de las veces falsa, de imágenes primitivas, de arquetipos universales. Hay que encontrar un lenguaje que esté en la vertiente opuesta a estas vaguedades académicas para llegar a conceptos de la arquitectura y del urbanismo que tengan sentido común, esto es, sean fundados, razonables y comprensibles.

Hay que pasar de los procesos lineales a aquéllos complejos. Este es el gran paso que la cultura del espacio físico debe hacer. Y creo que lo está haciendo a pesar de los arquitectos, políticos y administradores del territorio. Estamos en un período de bruscas transiciones que producen enormes confusiones; pero mientras hay confusión, hay esperanza, decía Lao Tse y Mao Tse-Tung, y sería bastante peor si todo pudiera ser rellevado a pulimiento como pretenden los partidarios de las imágenes primitivas.

Creo que pronto se terminará de escudriñar entre los estilos, de jugar con sistemas de planificaciones lineales, de cultivar palabrerías, de jurar por las disciplinas y las interdisciplinas. La cultura contemporánea está en camino de convertirse en transdisciplinaria. Pero hay un gran atraso en la cultura arquitectónica, y aún más en la urbanística, tanto para no crear equívocos.

Que los políticos estén atrasados parece normal; lo están siempre, menos en los brevísimos momentos de las pocas verdaderas revoluciones, pero es precisamente este atraso lo que la cultura debería compensar.

P. Esto no sucede hoy. Y esto es lo más grave, quizás.

R. Me parece que la cultura, particularmente la del espacio físico sea aún más atrasada y burocrática que la de los políticos y administradores. Los políticos que se declaran intervencionistas o decisionistas, por muy burdos y mediocres que sean, están más avanzados que los hombres de cultura que están en las instituciones y están dentro como en un queso transpirado, protegidos por la retórica de las autonomías disciplinarias. Y se trata de las disciplinas clásicas que fueron definidas en el Ochocientos y que si nunca cambiaron, fue por las frecuentes convulsiones a las cuales son empujadas por la academia.

La cultura institucional se dedica a reproducirse a sí misma y la cultura no institucional ha desaparecido, y ha sido calumniada de la tentación de confluir en la institución. Esta es una grave distorsión, y temo que no sea sólo de la arquitectura y del urbanismo.

P. Según tú, el trabajo no es sólo de la arquitectura-urbanismo.

R. La arquitectura-urbanismo se resiente en forma particularmente aguda, porque no tiene ninguna estructura científica, lo que podría ser también una fuerza suya, pero, en el hecho, no lo es.

P. Respecto a este problema, ¿cómo ves las tentativas de dar un contenido explícito científico a nuestras disciplinas o transdisciplinas como decías hace un rato?

R. Volvemos, entonces, al síndrome de la esquizofrenia. Después de dos décadas dedicadas a descuidar la calidad, aquí estamos en otro par de décadas dedicados a despremiar la canti-

dad. ¿Recuerdas que en el 1968, junto a otros, había preparado la Trienal de Milán, literalmente destruída después de diez minutos de la apertura por un grupito de arquitectos y artistas milaneses (no de los estudiantes en rebelión, como se trataba de hacer creer) que habían sido excluidos porque eran indiscutiblemente mediocres? Esa Trienal había sido llamada del "Gran Número" y proponía una exploración concreta sobre cómo era posible atribuir calidad a las enormes cantidades desencadenadas por el incremento demográfico, de la carencia urbana, de los nuevos medios de movimiento y transporte, de la cultura de masa, del turismo, etc.

Se salía de un período exclusivamente cuantitativo y se deseaba entrar en un período nuevo en el cual se ocuparía de la calidad, no una vez más de manera exclusiva, sino, en vez, en relación a los problemas de cantidad, usando los conocimientos que a pesar de su obtusidad, el período anterior había revelado.

Pero los destructores de esa Trienal eran diseñadores de objetos costosos y escultores de joyas preciosas, lo que no es malo (se les necesita a ellos también), sino que en esa circunstancia, diciendo que lo hacían en nombre del pueblo trabajador, impidieron que se discutiera el problema de llevar calidad en la cantidad. Después de lo cual hubo muchos años de desprecio de la cantidad o, es más justo decir, de separación de la calidad de la cantidad; en otras palabras, de evasión del más difícil problema de nuestro tiempo.

Para el libro "El hombre"

- P. ¿Es el problema de fondo del cual parten todas nuestras contradicciones? ¿Por qué nunca escribiste un ensayo para afrontarlo de manera definitiva?
- R. No me gusta la idea de escribir un ensayo, y ya la palabra me pone en estado de inquietud. No creo ni de ser capaz de decir cosas definitivas, ni pienso que querría hacerlo. ¿Cómo hace un arquitecto para decir cosas definitivas? No se lo permite la esencia de su actividad, que por definición, está

*La disciplina y la inteligencia
de los años*

en mutación continuamente. Yo amo la movilidad, la inestabilidad del aparato conceptual e instrumental de mi profesión. Me pone nervioso cuando esta inestabilidad, en vez de ser usada por el grado de libertad que ofrece y por el renovamiento continuo que propone (es un verdadero y propio anticoagulante), se toma para justificar la fatuidad, para regalarse el lujo de la esquizofrenia.

P. Este carácter no lo tienen otras disciplinas, mientras parece una seña prevalentemente de la nuestra; quizás porque tiene una base empírica.

R. Sí, es un carácter que prevalece en nuestra disciplina y quizás no existe en las disciplinas científicas. Galopa, en vez, en la economía y en la sociología, que se consideraron, por mucho tiempo, nuestras hermanas mayores, luego menores, después primas, y por fin, suegras. Sin embargo, son de nuestro mismo enredo y quizás están peor, bastante de buena gana.

En cuanto a las disciplinas verdaderamente científicas, también ellas tienen problemas, pero si lo desean pueden resolverlos. De hecho, sobresalen de sus límites y comienzan a ser transdisciplinarias. Trabajan para problemas, y sobre cada problema hacen confluír las competencias que se necesitan para explorarlo. Después de lo cual, la formación se deshace y se pasa a otro problema con una formación nueva.

Son los problemas que sugieren las competencias necesarias para resolverlos. Sucede siempre menos, que los problemas sean definidos según las atracciones recíprocas (y la mayoría de las veces no desinteresadas) de las disciplinas.

Si todo esto lo hace la física y la biología, no se ve por qué no deba hacerlo la arquitectura, que, respecto a las disciplinas científicas tiene la ventaja de no haber padecido la especialización.

P. ¿Hay alguna esperanza que sucedan cambios también en nuestra estructura disciplinaria?

R. Hasta ahora critiqué la falta de estructura de nuestro oficio; luego, quizás por poco, quisiera hablar bien. Quizás a causa de su inconstancia conceptual y operativa, quizás a causa de su latente oportunismo y de su explícita fatuidad, la arquitectura y el urbanismo no fueron trastornados por la idiotez de la especialización. Los críticos e historiadores hicieron de todo para empujarlos en ese abismo (habría simplificado mucho su trabajo de clasificación y habría estabilizado sus falsas legitimaciones), pero no lo lograron, por lo menos hasta ahora. Por esto existe aún la posibilidad, sin duda teórica, de saltar a la madurez sin haber contraído la más peligrosa de las enfermedades infantiles, y hasta estar inmunizados.

Quizás soy optimista, pero me parece que aún hay curiosidad, irreverente y transgresiva, entre los que se ocupan de organizar el espacio físico. La gran parte de los arquitectos y de los urbanistas se inclinan a la superficialidad y, desgraciadamente (a pesar mío), a menudo a la pillería, pero hay también personajes de calidad que hacen su trabajo preocupándose de "por qué" lo hacen, esto es, relacionando su hacer con una idea de cómo desearían que fuese el mundo.

Hay más que en otros sectores de actividad, donde los especialistas son excelentes, determinados, preparados porque son especializados, pero no saben cuáles son las motivaciones y los efectos de su trabajo ni les interesa saberlo; por eso son también peligrosos.

Es posible que la arquitectura-urbanismo sea la última heredera de la gran cultura burguesa, cuando Patrick Geddes proponía y realizaba en Edimburgo el Observatorio de la ciudad, Mendelsohn discutía con Einstein el Observatorio Astronómico, Loos discutía con Musil de los cambios en la percepción espacial, Le Corbusier discutía el Modulor con los matemáticos. Y es posible también, que terminado aquéllo, no haya más soporte para el urbanismo-arquitectura.

P. Sin embargo, la búsqueda de un argumento capaz de una visión total, es muy fuerte.

R. Esta es la parte que se deberá esperar siempre, porque es propiamente nuestro rol. Nos toca a nosotros, por definición, prefigurar algo que aún no es, de convencer a los otros que debería ser, de descubrirlo con detalles para que pueda ser ejecutado, de coordinar las varias competencias que concurren en su ejecución. Tenemos una tarea de ideación y de dirección que puede inducir a la superficialidad, pero de hecho requiere competencia, visión total, articulación mental, ductibilidad operativa -lo contrario de cuanto se pide dar- y es capaz de dar, un especialista bien especializado.

P. Volviendo a la relación disciplina-sociedad, quisiera pedirte algo sobre la función del instituto del concurso, en vista que muchos grupos industriales, y no sólo administraciones, lo utilizan hoy.

R. Los concursos. ¿Qué problema difícil! Por años nos parecieron una manera justa de distribuir el trabajo de urbanismo y arquitectura, y luego nos dimos cuenta que hacen estafas, o bien son ellos una estafa, que es peor quizás.

¿Cuántos concursos se hicieron en estos últimos años para legitimizar cambios de destino o de densidad de ciertas áreas particulares que eran periféricas y ahora se convirtieron en centrales? El Lingotto de Turín o la Bicocca-Pirelli de Milán u otros casos en Florencia, Venezia, Génova, etc.

Sin embargo, tengo la impresión que en algunos casos los promotores, esto es, los propietarios de las áreas, quisieran, antes que todo, realizar enormes negocios inmobiliarios, pero esperaban también, como consecuencia, lograr la gloria de haber ofrecido a la ciudad aportes de modernización. Recafda en verdad, no hubo, y ésto debido a la vaguedad de las respuestas dadas (de quien organizaba el concurso, de la mayor parte de los concursantes, de las comisiones nombradas para juzgar) con un ojo en las discusiones académicas, con el otro

en los enredos subcorporativos, sin ojos (u oídos) a la subtancia del problema.

Sin embargo, estoy hablando de episodios marginales, porque los episodios relevantes son los de los concursos adjudicados y los concursos para obtener concesiones que trastornan, más bien disuelven la relación de colaboración prudente entre comitencia, proyecto y ejecución, para abandonar todo a la discreción del empresario. Confrontados con éstos, los concursos que nombraba antes se revelan como expedientes publicitarios.

P. Estos concursos publicitarios han ampliado después el mercado extranjero de la arquitectura y del urbanismo italiano.

R. Es verdad, sobre todo para la arquitectura, porque el último episodio urbano italiano que se vendió en el extranjero fue el de Boloña, que fue hábilmente publicitado. Eso sí, que cuando llegaron los compradores, lo que se podía realmente vender era demasiado poco. No había mucho, en realidad, ahora podemos decirlo.

En vez, los últimos concursos de los que hablaba no publicitaban la arquitectura o el urbanismo, sino solamente los productos de sus promotores. De hecho, había muy poco que vender en términos de conceptos e instrumentación espacial, fuera que las revistas y las casas editoras que imprimían los catálogos de las inevitables y deliberadamente confusas "Exposición de los proyectos presentados". Quizás se vendieron mejor en el extranjero los arquitectos que habían participado y eventualmente ganado. Además, se vendieron (este es su cruel destino) los jurados.

P. Hay algunos arquitectos que no han ganado grandes concursos italianos y, sin embargo, han tenido mucho éxito en el extranjero.

R. Es verdad. Piano y Gae Aulenti, por ejemplo, que por lo demás, además de sus capacidades específicas, están dotados

de gran energía. Sobre todo, en la huella de Renzo Piano en Italia, pero no se debe olvidar que los verdaderos guías están en Inglaterra y en Nueva York, se ha formado una nueva tipología de arquitectos: la que está en consonancia constante con los mass media. No lo digo para disminuirlos, porque creo que algunos de ellos sean más valiosos que otros que se han hecho notorios por caminos más funerarios o industrializados.

Volviendo a los concursos, o más bien a la búsqueda de caminos más equitativos de distribuir el trabajo urbano-arquitectónico, quisiera recordarte que su problema es como el del tráfico (así hablo otro poco de los temas urbanos y regionales) en el sentido que no tiene una sola solución.

El problema del tráfico se encaró siempre en forma maniquea: apoteosis de los automóviles, eliminación de los automóviles. Así, la cuestión quedó como materia de revistas y de congresos y en la práctica todo quedó por su cuenta, esto es, de la peor manera.

Bien, creo que construir la ciudad para los automóviles (las periferias de nuestras ciudades fueron construidas según este criterio) significa eliminar la idea misma de ciudad, que por definición es lugar de directa experiencia sensorial. Por otra parte, eliminar los automóviles, peatonalizar todo, a excepción de las grandes circunvalaciones urbanas, es una presunción macabra, además de imposible, porque los autos, querámoslo o no, son ingredientes fundamentales de la escena urbana. En los raros experimentos que se han hecho, se ha visto que en ausencia total de vehículos, la ciudad se convierte en un viejo aparato anacrónico.

¿Entonces? Entonces yo pienso se deba trabajar en la búsqueda de sistemas de convivencias inteligentes entre automóviles y hombres. Y por inteligentes, entiendo antes que nada, que los automóviles no deben ser admitidos en la convivencia más allá de los límites en que comienzan a distorsionar la

experiencia sensible de los hombres (vista, tacto, olfato, oído, gusto y naturalmente intercambio verbal y gestual); en segundo lugar, entiendo que bajo estos límites, el ingreso de los automóviles en la convivencia sea regulado según las estaciones, los días de la semana, las horas del día y naturalmente, las circunstancias previsibles e imprevisibles que suceden en cada ciudad. No se trata de una fantasía, porque disponemos de medios tecnológicos que hacen posible la regulación inteligente de cualquier cosa. Faltan, en vez, la imaginación y la voluntad de cambiar.

También los concursos deberían ser regulados de manera inteligente, y para serlo, no necesitan ni siquiera de tecnología. Concurso de temas sencillos reservados sólo a los jóvenes, con absoluta prohibición de colocar como jefe de grupo a los antiguos, que no trabajan y hacen de padrinos. Concursos de temas complejos reservados a personas que ya han realizado trabajos de igual complejidad; la arquitectura urbana de "niños prodigios" no los ha producido nunca. Concursos (appalto) cuando es necesario elaborar proyectos ejecutados en tiempo breve, pero con el compromiso de los concursantes de escoger en un grupo de arquitectos, calculistas, instaladores.

Pocos concursos internacionales, donde a la mayor parte de los invitados no les importa nada, ni el problema propuesto ni el lugar que se propone para ello. Y si hay que hacerlos, que sea obligatorio, no invitar más de una vez cada año los del mismo equipo (en el cual estoy yo incluido, en realidad, una vez cada diez).

Etcétera... porque se podría agregar muchos otros casos.

¿Y los jurados? Creo que no deberían existir. Que elijan directamente los propietarios de las áreas, los alcaldes, los asesores, los administradores delegados, los presidentes; y se asuma la responsabilidad de lo que decidan. Y sobre todo, no se introduzcan en las comisiones los arquitectos, los ur-

banistas, los críticos, los historiadores, los profesores, los directores de revistas.

Se dirá que así habrá nepotismo y discusión, pero yo creo que habrá de todas maneras, y por lo menos se podrán reducir los acuerdos mafiosos directos, que se han vuelto constantes, inevitables e irresistibles.

- P. Hablemos ahora un poco del estado de la arquitectura. ¿El postmodernismo lo consideras parte de la degeneración que denuncias a menudo?
- R. Los postmodernistas, pobrecitos, son tantos y se agrupan -ca si nunca están solos- por distintas razones. La mayoría de sus razones son tan primitivas, que algunos postmodernos terminaron por sentirse desagradados de ser llamados así, y comenzaron a decir que no son postmodernistas. Entonces, ¿qué son? Decir, en vez, que son modernos, les parecería incómodo porque les parecería retroceder en el tiempo -del post, naturalmente- luego dicen que nunca han sido ni modernos ni postmodernos.

Y la gente no entiende nada y se irrita porque desde que llegaron los postmodernistas se había dicho de manera perentoria que una vez había un "antes" y ahora hay un "después", por lo cual uno puede haberse quedado como era antes o bien convertirse como se es "después", pero no puede haber sido, y ser ahora, ni una ni otra cosa.

Por esto digo: los postmodernistas, pobrecitos, habiendo elegido por negación, están obligados continuamente a redefinirse; porque el tiempo pasa, y a medida que pasa, arriesgan de convertirse en postpost-modernistas, postpostpostmodernistas, etc. y ésto hasta a ellos les parece fastidioso además de cacofónico.

Alguno pensará que también la negación contenida en su modo de definirse está desenfocada porque el Movimiento Moderno ha sido discutido antes que llegaran ellos (las referencias son el convenio de Otterlo, el Team X y la disolución del

CIAM). Además, aún antes del Team X el Movimiento Moderno se había cuestionado a sí mismo (lo habían hecho los arquitectos de verdadero valor que lo habían fundado, proponiendo ideas y proyectos que transgredían el lado más sectario de sus mismos principios).

Pero entonces, ¿qué son estos postmodernistas? ¿Cuándo aparecieron y quiénes son?

Si se quiere hacer un esfuerzo filológico, se puede decir que los primeros postmodernistas fueron esos arquitectos que en cierto momento de los años 70, en Nueva York, inventaron su mismo nombre (no se sabe si Charles Jenks o Peter Eisenman, porque los dos reclaman la progenitura). En Italia, muchos creen que el progenitor fue Paolo Portoghesi, pero Paolo Portoghesi lanzó el postmodernismo en Italia muchos años después (cuando ya existía y se había ya alterado), aunque su interpretación era distinta de la de los arquitectos de los Estados Unidos. La de Estados Unidos consistía en un retorno al eclecticismo americano; que es legítimo y rico de energía, porque florece en un país cuya cultura es móvil y mixta desde su origen, y evita la idea de atribuir significados permanentes a la arquitectura: luego, con la arquitectura se puede reflejar, aludir, contar y hasta jugar. La de los italianos era también una vuelta al eclecticismo, pero al italiano: de poder, expresivo de una clase dirigente sombría e incapaz de enfrentar los cambios de la sociedad y de la técnica, complaciente de sus nostalgias todas colocadas en la memoria de períodos históricos codificados como faustos y felices mientras en realidad habían sido funestos y cruelmente estúpidos. Piensa cuánta arquitectura fascista fue recogida por el postmodernismo italiano (y también mundial) y ofrecida a los especuladores que adoran producir stecconi; a los burócratas que se deleitan con edificios que no suscitan problemas, a los críticos que aman lo que se puede definir de manera perentoria, catalogar con el mínimo de señales posibles y meterlo en el clasificador. Piensa en cuánta arquitectura fal

sa-umbertina, falsa-bavabexaris, falsa-sabanda y falsa-gari baldina fue propuesta en Italia, entregándola como primigenia y arquetípica, para exitar la curiosidad de los mass-media y hacerlos cantar en coro la más fácil canción publicitaria. Y, si quieres, piensa en cuántas mistificaciones tipológicas figurativas se pusieron en circulación en la ciudad, en los barrios, en las construcciones colectivas, en los servicios urbanos, en estadios y museos, con grave daño en la mente de los jóvenes y de los ingenuos.

No quiero decir que el postmodernismo haya sido inútil. Creo que en sus filas han pasado algunos arquitectos de calidad notable (en particular entre las de Estados Unidos) que lograrán óptimos resultados, especialmente si son capaces de metabolizar las escorias que sembraron en su camino. Creo que el postmodernismo fue la manifestación de una gran crisis y luego puede ser visto de manera positiva (por los optimistas que ven las crisis no como un final, sino como un inicio). Es cierto que la crisis ya existía, había sido identificada, se habían hecho muchos esfuerzos para trabajar por ella; pero los postmodernistas, esos que no se dedicaron a empeorarla con experiencias ya cumplidas y ya fracasadas, tuvieron el mérito de colocar la crisis en la mass-media y hacerla más notoria a un auditorio más amplio.

Mientras digo esto, varios impulsos me advierten que no es verdad, porque en realidad se abrieron las puertas a la superficialidad y a la fama fácil. La gente logró entender primero: que para orientarse en la confusión contemporánea es necesario encontrar coordenadas en el espacio físico; segundo: que quien tiene el control del espacio físico, generalmente actúa de modo irresponsable y luego, no se puede confiar en él. Y mientras los hombres del Movimiento Moderno solicitan confianza en blanco, sosteniendo que ellos resolverían los problemas del urbanismo y de la arquitectura (y en cierta medida también de la sociedad), los postmodernistas

Minimamente
Diferencia
con el resto

sostuvieron que los problemas del urbanismo y de la arquitectura no interesaban ni al urbanismo ni a la arquitectura, y que menos deben interesar a los arquitectos y a los urbanistas, que son artistas y luego tienen derecho a considerar su arte autónomo, lo que significa irresponsable e insindicable.

En este sentido, los postmodernistas, sobre todo los que se declaran racionales, hicieron una contribución decisiva a la gran disipación de identidad que está ocurriendo en nuestro pequeño universo burgués en expansión en nuestro tiempo.

P. La identidad...

R. Sí, la identidad. Es una cuestión central a la cual siempre estuve obligado a dedicar gran parte de mis energías. Hablo de la identidad de los edificios y de los lugares y también la de los individuos y de la sociedad. Está amenazada por la especialización y luego por la unificación, y debo decir que la arquitectura oficial más reciente, ha contribuido mucho en estos últimos años, en todo el mundo, a hacer la amenaza más actual. Cuando los arquitectos y urbanistas comienzan a decir que un hecho espacial contiene todos los valores en sí mismo, y luego está desvinculado de los contextos físicos y sociales del lugar (que la Basílica de San Marcos no cambiaría si fuera trasladada tal como es, a Houston, Texas), cuando sucede ésto, tantos se alegran, porque se golpea en su raíz al principio de identidad y se abre camino a la formación de estados de pasividad generalizada, donde ya no hay lugar para la crítica.

La crítica comienza en la comprobación del modo propio de residir en el espacio físico, y se desarrolla a través de la comparación con los modos de residir de otros en el mismo espacio y en otros espacios cercanos y lejanos.

No hay crítica sin un sistema de coordenadas sobre el cual se pueden tejer ideas que terminan por traspasar las circunstancias de su origen, pero al mismo tiempo quedan unidas in-

disolublemente a estas circunstancias.

Por esto, la calidad del espacio físico es tan importante, y por esto, cuando se separan las configuraciones urbanas y arquitectónicas de los contextos de los que forman parte y de quienes se originan, se agranda el abismo de la estupidez simplificadora.

P. ¿Podrías decir más sobre cómo preservar la identidad de un lugar y de una sociedad, cuando se elabora un proyecto que necesariamente implica una transformación?

R. Quisiera poder contestarte con imágenes más bien que con palabras, siempre demasiado imprecisas y ambiguas. Te contestaría mostrándote un último trabajo que realicé en Mazzorbo, una isla a pocos metros de Burano, en la Laguna Véneta.

Se trata de un pequeño núcleo de 36 casas proyectadas y realizadas para el Iacp de Venecia. Pero necesitaría imágenes, porque 36 casas parecen, y son la mayoría de las veces, una bagatela; en vez, en Marzotto son un pedacito de ciudad lacustre con senderos, plazuelas, orillas y un tramo de canal nuevo (recuperado del trazado enterrado de uno antiguo), proyectados para la Municipalidad Veneciana.

No fue fácil convencerlos, incluso al consejo del barrio, que no bastaba con construir las casas, que era indispensable intervenir con la misma intensidad y calidad en los espacios edificados como en los abiertos -sobre los llenos y los vacíos- porque se trataba antes de todo de salvaguardar la identidad del ambiente físico y de la sociedad local; que son estrechamente interdependientes, y ésto es evidente.

Se puede decir que no fue fácil, pero se logró, aún si la historia no termina todavía, porque la intervención debería ser seguida por otras dos de igual dimensión.

Y esto no sucederá, porque el éxito logrado con el primer paso desencadenó rechazos entre los políticos, contradicciones

entre los administradores, omisiones odiosas en ciertos ambientes de la academia, por lo que la obra no será completada como se había previsto.

Pero se espera que sea completada en forma reducida, de otra manera (me sucedió ya en mi intervención de Terni que cada año me depara más felicitaciones) quedará como "substancia de cosas esperadas" como decía Eduardo Persico; y esperadas no sólo por mí, sino por cualquiera que desearía un ambiente físico tocado por la calidad arquitectónica.

Volviendo a la cuestión de la identidad, me parece que Burano sea un caso para estudiar. La población no creció, pero tampoco disminuyó, y es una de las pocas que se identifica con su lugar. Para trabajar, es necesario ir a tierra firme y viajar un promedio de cuatro horas diarias. Sin embargo, los buraneses no abandonan su isla; por el contrario, la tienen celosamente defendida de los ataques más insidiosos del consumo turístico. En Burano se acoge el turismo, pero a las siete de la tarde hay que volver a casa porque no hay ningún hotel, o pensión o habitación que pueda acogerlo. Los buraneses son hospitalarios, pero quieren preservar su territorio del desastre.

- P. ¿La destrucción de la identidad de los lugares no es también consecuencia de la falta de algún sistema de reglas?
- R. Creo que el defecto principal del Movimiento Moderno no fue el ser permisivo, sino al contrario, querer controlar todo, aún lo que el urbanismo y la arquitectura no pueden controlar. El Movimiento Moderno fue, en cierto sentido, esa playa del iluminismo donde se estrellaron sus últimos sueños. ¡Qué fracaso, pero qué grandeza de tareas y de intentos! ¡Qué diferencia trágica con la miseria de los que se vanaglorian de haberse librado de esos sueños, y se jactan de no tener más sueños, porque se despabilaron y se volvieron inteligentes!

Uno de estos liberados dice que el engaño económico y burócrata es invencible, luego la gente no podrá tener nunca más ciudades equilibradas, casas cómodas, un ambiente sano y hermoso; luego, la única cosa que la arquitectura-urbanismo debe dar, es la diversión.

Sin embargo, los liberados no dan ni la diversión, porque sus chistes arquitectónicos son necrófilos, académicos, pedantes, siniestros. Verdaderas bromas que después de la risa, dejan la boca amarga.

P. Pero han dado una coartada fuerte a los políticos; hemos visto cómo se han apurado en alinearse.

R. Muchos arquitectos sienten anticipadamente las aspiraciones de los políticos, y son ellos los que se alinean. Aún, pensándolo bien, me parece más exacto decir que la sensibilidad oportunista de los arquitectos es tal, que los coloca en condición de abrir camino a los políticos en la carrera común de acercamiento a las exigencias del gran poder económico y burocrático.

Solamente en algunos períodos particulares, arquitectos y urbanistas han tratado de ser independientes, y esto, en la época más reciente, sucedió hacia fines del siglo pasado, alrededor de los años 20 y luego de la segunda guerra mundial. En esos períodos, la arquitectura como el urbanismo hacían resonar las exigencias del poder. Se ocupaba, de modo casi obsesivo, de la vivienda para clase modesta. Sostenía que la estructura de la nueva ciudad debía ser aquella. Cosa que en cierto sentido era bastante razonable, porque entonces el problema más grande era dar vivienda a gran número de personas (en términos de cantidad y calidad) que habían llegado a la ciudad y la habían trastornado. Pero no era solamente esto, porque algunos arquitectos y urbanistas se habían convertido en militantes de un principio de justicia (un fantasma que giraba por el mundo) y sostenían que para implantarlo era necesario comenzar por la organización y la forma del espacio

físico, interviniendo en su componente más elemental y densa que es la vivienda.

Se debería reconocer en aquellos arquitectos-urbanistas la previsión. Porque si en realidad, el espacio físico hubiera sido reorganizado, formado y distribuido coherentemente con sus proposiciones, el principio de justicia (que giraba por el mundo) habría encontrado una base sólida de la cual partir, para difundirse después en los diversos dominios de la actividad humana. Habría condicionado la economía, invirtiendo el obstinado y ruinoso dogma que todo es sobreestructura de la base económica. Por ejemplo, el automóvil, quizás, no se habría convertido en el invento universal que devora todo espacio, porque lo que hoy representa, en términos de privacidad, comodidad, fuerza de autorepresentación, habría quedado relacionado a la casa y a sus espacios interiores y exteriores.

Se puede decir que en los períodos que mencioné, la arquitectura y el urbanismo miraban sólo a la vivienda y no se daban cuenta que era un caso particular -y bajo esta luz debía ser vista- de la organización de la ciudad y del territorio. Esto es sólo verdad para el período racionalista tardío -el del International Style- que, por lo demás, seguía proclamando "vivienda", mientras de hecho se dedicaba a los centros direccionales o a los edificios de oficinas. Por otra parte, en el mismo período el Team X y otros grupos repartidos en el mundo, habían vuelto a llevar el tema sobre la ciudad o sobre el territorio, sobre la vivienda como una de las tramas de un tejido más amplio y complejo, luego más interesante.

Todo esto, mucho antes que llegaran los libros de las "columnas", de la "tendencia", del "neoclásico", del "neoecléctico vienés", "berlinés", "barcelonés", etc., a llevar la arquitectura a lo accesorio.

En esa época, yo enseñaba urbanismo en Italia, porque estaba convencido que era necesario mirar la arquitectura no como

resultado de un proceso creativo complejo. Hoy, en vez, enseñanza proyectación arquitectónica porque me parece no se debe abandonar la ciudad y el territorio a la planificación técnica; creo necesario continuar sosteniendo que el tema del espacio físico debe ser enfrentado con la misma tensión hacia la calidad, a cualquier escala que se presente.

P. ¿Hay algo, a tu parecer, que hoy haya tomado el lugar que en los años 20 y 30, tenía la vivienda?

R. Por cierto, los museos, y más recientemente los estadios. Pasado el momento del "panem", llegamos al tiempo del "circens". Es un paso significativo, y por lo demás, es el reflejo de hechos más importantes que están sucediendo en la sociedad: rápidamente está por llegar el fin del trabajo humano y no se está listo para llenar el enorme vacío que será el tiempo libre. No se tiene la menor idea cómo se puede comenzar a llenarlo. Se piensa en las visitas a las obras de arte y a las sesiones frente a los atletas que compiten, pero se sabe que son artificios insuficientes.

P. ¿Pero la multiplicación de los museos, no podría interpretarse como una consecuencia del hecho que la gente es más refinada que antes?

R. La gente es más refinada, o quizás sólo más informada que antes, y por eso visita los museos con creciente constancia. Pero, ¿qué vé cuando logra entrar después de largas y agotadoras colas? Mucha gente que recorre las obras de arte y no deja espacio y no se puede cambiar el tiempo de observación moderando la marcha, ni el punto de vista, retrocediendo. Además, las obras de arte son restauradas, climatizadas y protegidas científicamente, es decir, embalsamadas para que su expresión no cambie. Son demasiado valiosas para permitir que no se estabilicen. Así, los museos se han convertido en bancos, por un lado, y por el otro en necrópolis. Se construyen muchos, pero puede ser que pronto deberán cerrarse para proteger las obras de arte, de los riesgos de una presen-

cia humana, demasiado intensa y violenta. Los turistas podrán continuar mirando cuadros y esculturas en locales anejos, reproducidos en cantidades de video, que tendrá la ventaja de hacer pasar las imágenes y tener a los visitantes quietos.

P. ¿Y el tema de los estadios?

R. Lo he seguido en Génova y me pareció ejemplar. Una intervención de dimensiones notables, que llegó con todo decidido, con mucho de proyecto y de filosofía proyectual: el estadio que no debe parecer un estadio, sino un conjunto residencial urbano.

Porque se sobrepuso al preexistente en una de las zonas más congestionadas de la ciudad, si se tomaron en consideración la influencia que tendrá sobre las áreas urbanas vecinas, si será realmente accesible y cuánto se recargarán las infraestructuras con su presencia, nadie lo sabe. A la ciudad se le entrega un proyecto, una filosofía proyectual, la seguridad de que albergará los partidos de los campeonatos mundiales de foot-ball, y esto se supone que basta.

P. Antes de terminar, desearía que me dijeras algo sobre tu revista "Espacio y Sociedad".

R. Con gusto. Hay dos puntos de mi actividad cultural que me importan mucho: "Espacio y Sociedad" y el "Liand", el Laboratorio internacional, en el cual participan facultades de arquitectura europeas y americanas, que en los últimos doce años han tenido doce cursos residenciales, primero en Urbino y ahora en Siena.

Se habla poco de estas dos actividades en Italia (en vez, mucho en el extranjero), porque nuestra mafia cultural practica un puntilloso black out, y quiero decir que no me preocupa mucho, porque no quiero en forma indiscriminada los mass-media, ni me parecen interesantes los que la controlan en

nuestro oficio y en nuestro país.

De todas maneras, "Espacio y Sociedad" aparece cuatro veces al año, por nueve años, y desde siempre logró tener una línea rigurosa. No tuvo una vida fácil desde el punto de vista económico (porque no depende de ningún poder) y pasó por cuatro editores. El último es Sageb de Génova; es decidido y entusiasta, y luego se puede decir estable. La revista es pobre en recursos, pero siempre más rica en autores y lectores, aún en los países más lejanos. Luego continuará ampliando su búqueda (no publico mis obras, al contrario de los directores que hacen las revistas para ésto) y a distinguirse de otras revistas que han invadido el campo en número increíble y se disputan el control de la opinión arquitectónica urbanística en Italia.

- P. Se tiene la impresión que inventen problemas para alimentar su sobrevivencia.
- R. Me parece que tienes razón. ¿Seguiste, por ejemplo, el curioso diálogo entre "Urbanística" y "Casabella" a propósito de la oposición entre proyecto y plano? Se alternaban el rol de primer actor y apoyo con impresionante rapidez, pero sin llegar a lograr el estado sublime de Alex Guinness cuando declamaba una noche el papel de Otelo y la noche siguiente el papel de Jago.
- P. ¿Pero lograron el efecto que se proponían?
- R. ¿Qué quieres? La mistificación permanente, calculada, se convirtió en un dato fijo del problema. No nos es dado saber aún si logrará alterar la Historia. Esto, debo reconocerlo, es para mí un motivo de inquietud bastante fastidiosa.